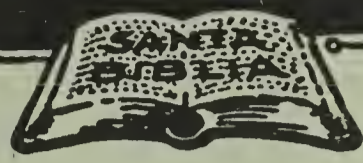


LAP

MENSAJES *del amor de* DIOS



PERIODICALS

PER
BR
7
.M463
no.
433-
529

1962
~~1961~~ hasta 1970



MENSAJES *del amor de* DIOS



Reg. Artículo de Segunda Clase en Admón. Correos, Cuernavaca, Mor., 18 de Nov. de 1950

Número 457

Cuernavaca, Morelos, México

1 de mayo de 1964

“CORONA DE HONRA ES LA VEJEZ, QUE SE HALLARA EN EL CAMINO DE JUSTICIA”



LA VEJEZ.....

Este anciano campesino de la Cerdaña española está calentándose al fuego hogareño, sobre el cual en un calderón está cocinando una sopa o cualquier otro alimento para la comida. El sol invernal se refleja sobre el cuerpo del anciano a través de una ventana, iluminando su rostro y sus manos, por lo cual se dejan ver claramente todas las señales de la vejez: sus carnes caídas, las arrugas, la falta de dientes; también la cabeza inclinada, la espalda encorvada. . . . ¿Quién sabe si será un viudo, privado de la consoladora presencia de la amada esposa, y de sus hijos que, ya casados

y viviendo en otros lugares, le han dejado solo? Toda su vida ha sido gastada en las faenas del campo para ganar su pan cotidiano, pero ahora ya no tiene fuerzas para la ruda labor, y . . . ¿qué? Se sienta así, pensando, pensando . . . y su mente distraída vagando va mientras espera su comida, la cual será tal vez en su soledad. . . .

¿Qué esperanza abriga el anciano? Poca, muy poca será en esta vida. La Palabra de Dios, las Sagradas Escrituras, nos dicen que “los días de nuestros años son setenta años, y ochenta en los más robustos; pero también la robustez es apariencia, un nada, porque

pasa en un instante, y volamos" (Salmo 90:11, N-C). Pero ¿no hay ninguna fuente de esperanza para un anciano? ¡Sí, la hay! Nos dice la misma Palabra de Dios que "corona de honra es la vejez, que se hallará en el camino de justicia" (Proverbios 16:31). Ahora bien, "el camino de justicia para el anciano, como para el joven, es CRISTO. Dice El: "Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por Mí" (Juan 14:6, N-C).

¡Cuán feliz, cuán contento, qué esperanza bienaventurada tiene el anciano que en su juventud creyó en Cristo, el Salvador de los pecadores! Vivido ha por muchos años bajo el calor y brillo del amor de Jesús su bendito Salvador, fiel amigo y pastor; ahora, acercándose la hora del trance de la muerte, está muy contento y agradecido, esperando partir del cuerpo gastado para estar en la presencia del Señor Jesús, como nos dice la Palabra de Dios: "quisiéramos más partir del cuerpo y estar presentes al Señor." "Deseo morir para estar con Cristo, que es mucho mejor" (2 Corintios 5:8 y Filipenses 1:23, N-C). Aun para esta vida terrenal Dios también ha dado al creyente una promesa muy consoladora: "Yo mismo hasta vuestra vejez, hasta vuestras canas, os soportaré; como ya hice, yo me encargo de sosteneiros y preservaros" (Isaías 46:4, N-C).

Quiera Dios que este mensaje de amor llegue, entre los millares que lo leerán, a los oídos de algún anciano que aún no tiene tal esperanza o consolación, cuya vida va acabándose y en cuyo corazón no hay tranquilidad a causa de los pecados no borrados todavía con "la sangre de Jesucristo," el bendito Hijo de Dios, la cual sangre es eficaz para purificarnos "de todo pecado" (1 de Juan 1:7, N-C). Querido lector, anciano o joven, si no has oído en tu juventud de Cristo como Aquel que murió por los pecadores, si aún no gozas de "paz para con Dios," escucha su tierna voz: "al que viene a Mí yo no le echaré fuera" (Juan 6:37, N-C). ¡Qué tragedia más triste, morir en nuestros pecados! cuando Dios nos ama y nos ofrece la salvación gratuita de nuestras almas, ya que

su propio Hijo Jesucristo "llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero... porque también Cristo murió una vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios" (1 de Pedro 2:24; 3:18, N-C).

¡Oh, querido amigo!, ¿no quieres arrepentirte de tus pecados, sabiendo ya que Dios (el que ha alargado tu vida hasta ahora), te ama tanto y te ha dado la oportunidad de oír y creer las buenas nuevas de que "Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras" y que "cuando todavía éramos débiles, Cristo, a su tiempo, murió por los impíos" (1 Corintios 15:3; Romanos 5:6)?

¡Cuán terrible pasar el alma, perdida y sin Cristo, de esta vida al infierno, por no haberse arrepentido y haber recibido al Señor Jesucristo como Salvador! "Atadle de pies y manos y arrojadle a las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y crujir de dientes" (Mateo 22:13, N-C).

"Pecador, ven a Cristo Jesús,
Y feliz para siempre serás;
Si en verdad Le quisieres tener,
Al divino Señor hallarás.

"Ven a El, ven a El,
Que te espera tu buen Salvador.

"Si cual hijo que necio pecó,
Vas buscando a sus pies compasión,
Tierno amigo en Jesús hallarás,
Y tendrás en sus brazos perdón."

"YO QUIERO VOLVERLOS A VER OTRA VEZ"

Aquel anciano estaba sentado en un sillón en el amplio pórtico de la casa de su sobrina disfrutando del hermoso tiempo de los primeros meses del verano. Era una de tantas casitas en una callejuela tranquila no muy lejos del centro de la ciudad.

Subiendo ágilmente por la calle venía Brenda y al ver al anciano paróse de súbito. Hasta entonces había tenido la convicción de que conocía a todos los residentes del barrio, pero aquel hombre entrado en años era un extraño para

ella. Brenda era un ser amistoso, y comprendió que lo que debía hacer era simplemente hablarle.

“Buenos días, abuelito. Antes no le había visto a Vd.”

“Me llamo Castaño, y he venido a vivir con mi sobrina”.

“¿Deseaba Vd. venir?”

“No. Ciertamente no puedo decir que deseaba hacerlo, pero he estado enfermo, y el doctor insistió en que tenía que vivir con alguien que pudiera cuidar de mí”.

“Cuánto lo siento. Y ahora ¿vivirá siempre aquí?”

“Sí. Creo que sí”.

“Bien. Entonces debemos ser buenos amigos”.

Y bien ciertamente que fueron buenos amigos, y muy a menudo la niña traía un taburete, sentábase junto al anciano, y con él sostenía animadas conversaciones.

Cierto sábado llegó Brenda, con su pequeño taburete. “Sr. Castaño”, le dijo, una vez que se hubo sentado, “mañana es un día muy especial en nuestra iglesia, ¿vendrá Vd. con nosotros?”

El rostro del anciano se endureció. “No. Ya he dejado todas estas cosas hace mucho tiempo”.

“Pero ¿por qué, Sr. Castaño?”

“Es que pasé por unas pruebas muy amargas. En seis meses perdí a mi esposa y a mi hijo, y desde entonces dejé de asistir a la iglesia. ¡Cuán terrible fue perder aquellos seres tan queridos!”

“Así que ¿Ud. solía asistir a la iglesia?”

“Sí, nosotros asistíamos con regularidad; mi esposa era una fiel creyente, y mi hijita María era una niña muy dulce”.

Brenda meditó por unos momentos, y entonces le dijo con su franqueza infantil: “Sr. Castaño, ¿no cree que no es nada bueno dejar a Dios? Su esposa y María están con Jesús, pero Ud. irá al infierno”.

El anciano aguantó muy calmamente aquella declaración tan categórica, contestando únicamente a la niñita: “Yo no lo había pensado así.”

“Bueno, bueno, Supongo que Ud. querrá verlas otra vez. ¿No es así?”

“Sí, con todo mi corazón.”

“Siendo así, ¿por qué no viene Ud. con nosotros mañana, y empieza una nueva vida?”

“Pensaré en ello. Yo solía tocar muchos himnos con mi concertina.”

“¿Aún la conserva Ud.?”

“Sí. La tengo en casa.”

“¿Toque un himno con ella, por favor. Para mí, Sr. Castaño.”

“Ven pues conmigo. Iremos a buscarla.”

El anciano sacó del estuche aquel instrumento. Ajustólo, y enseguida las tiernas notas de “¡Oh! ¡qué amigo nos es Cristo!” llenaron el cuarto.

El Sr. Castaño no pudo deshacerse de las palabras de la niña, “Ellas están con Jesús — Ud. irá al infierno”. Durante todo el día estuvieron resonando en sus oídos, y nuevamente le asaltaron cuando por la noche se despertó.

“Si Brenda viene mañana a buscarme, iré con ella”, decidió finalmente.

Brenda vino a buscarle, y sentóse a su lado en la reunión en que se predicaba el Evangelio, mientras sus padres estaba junto a ella.

El sentido canto de los himnos que tan familiares le habían sido hicieron brotar las lágrimas de sus ojos. Su corazón se enterneció cuando el predicador habló en un mensaje sencillo acerca del amor de Dios. Su endurecimiento y su amargura desaparecieron, y el gozo de tener un Salvador vivo llenó su alma, y halló paz y perdón en El, en Aquel que le amó y se entregó por él.

“¿MENOSPRECIAS LAS RIQUEZAS DE SU BENIGNIDAD . . . IGNORANDO QUE SU BENIGNIDAD TE GUIA A ARREPENTIMIENTO?”

Romanos 2:4.

UN ESTUDIO DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

SAN JUAN Cap. 14:7-11, N-C

Siguiendo su discurso, el Señor Jesucristo dijo a sus discípulos: “Si me habéis conocido, conoceréis también a mi

Padre. Desde ahora le conocéis y le habéis visto. Felipe le dijo: Señor, muéstranos al Padre y nos basta. Jesús le dijo: Felipe, ¿tanto tiempo ha que estoy con vosotros y no me habéis conocido? El que me ha visto a mí ha visto al Padre; ¿cómo dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os digo no las hablo de mí mismo; el Padre, que mora en mí, hace sus obras. Creedme, que yo estoy en el Padre y el Padre en mí; a lo menos, creedlo por las obras."

Los fariseos incrédulos, le preguntaron: "¿Dónde está tu padre?" Jesús contestó: "Ni a mí me conocéis ni a mi Padre; si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre" (Juan 8:19, N-C). Ni la incredulidad de un fariseo, tampoco la ignorancia de un Felipe, jamás comprenderá quién es el Hijo de Dios. La criatura, dotada de capacidad de entendimiento no infinita, sino limitada conforme a la determinación del Dios todo sabio, no puede alcanzar a comprender al Creador, (sin embargo, es tenido por responsable para reconocerle), no puede sondear el misterio de la persona del Hijo de Dios. En Mateo 11:27 leemos que, "nadie conoce al Hijo, sino el Padre." En Lucas 10:22 leemos que, "nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre." Felipe le dijo al Señor: "Muéstranos al Padre y nos basta." Bástenos a nosotros mismos tanto como a Felipe, que el Hijo de Dios, aun como verdadero hombre en este mundo, nos ha revelado al Padre Dios, el "Señor del cielo y de la tierra" (Mateo 11:25), de manera que (hablando en sentido moral,) no hay nada en Dios que no haya sido desplegado ya en Cristo, el Hijo. El Dios eterno, en su propio Ser "habita una luz inaccesible, a quien ningún

hombre vio ni puede ver, al cual sea el honor y el imperio eterno. Amén" (1 Timoteo 6:16, N.-C). Pero le plugo a Dios revelarse visiblemente al hombre en la persona del Hijo, el cual se encarnó (mediante su nacimiento de la virgen María); por lo tanto Jesús, el Hijo de Dios, el Cristo, mostró al hombre en este mundo por sus hechos y sus dichos todo lo que hay en Dios. Nuestro deber, cual criaturas, es creer en El, no razonar sobre ello, mucho menos rehusar creer en El. "El que cree en el Hijo tiene la vida eterna; el que rehusa creer en el Hijo no verá la vida, sino que está sobre él la cólera de Dios" (Juan 3:36, N-C). ¡Palabra solemne!

"¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os digo no las hablo de mí mismo; el Padre, que mora en mí, hace sus obras. Creedme, que yo estoy en el Padre y el Padre en mí; a lo menos, creedlo por las obras." Cristo dijo: "Yo y el Padre somos una sola cosa;" cuando habló de la seguridad de sus ovejas, de las que son redimidas por su sangre preciosa: "Yo les doy la vida eterna, y no perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano.... Nadie podrá arrebatar nada de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos una sola cosa" (Juan 10:28-30, N-C). Entre el Padre y el Hijo hay una unión e intimidad perfecta, pero esto, por supuesto, la criatura no puede entender; pero sí podemos, y debemos, creer. Y Cristo, a más de lo que había dicho, con condescendiente caridad apeló también a sus obras milagrosas de poder y de bondad.

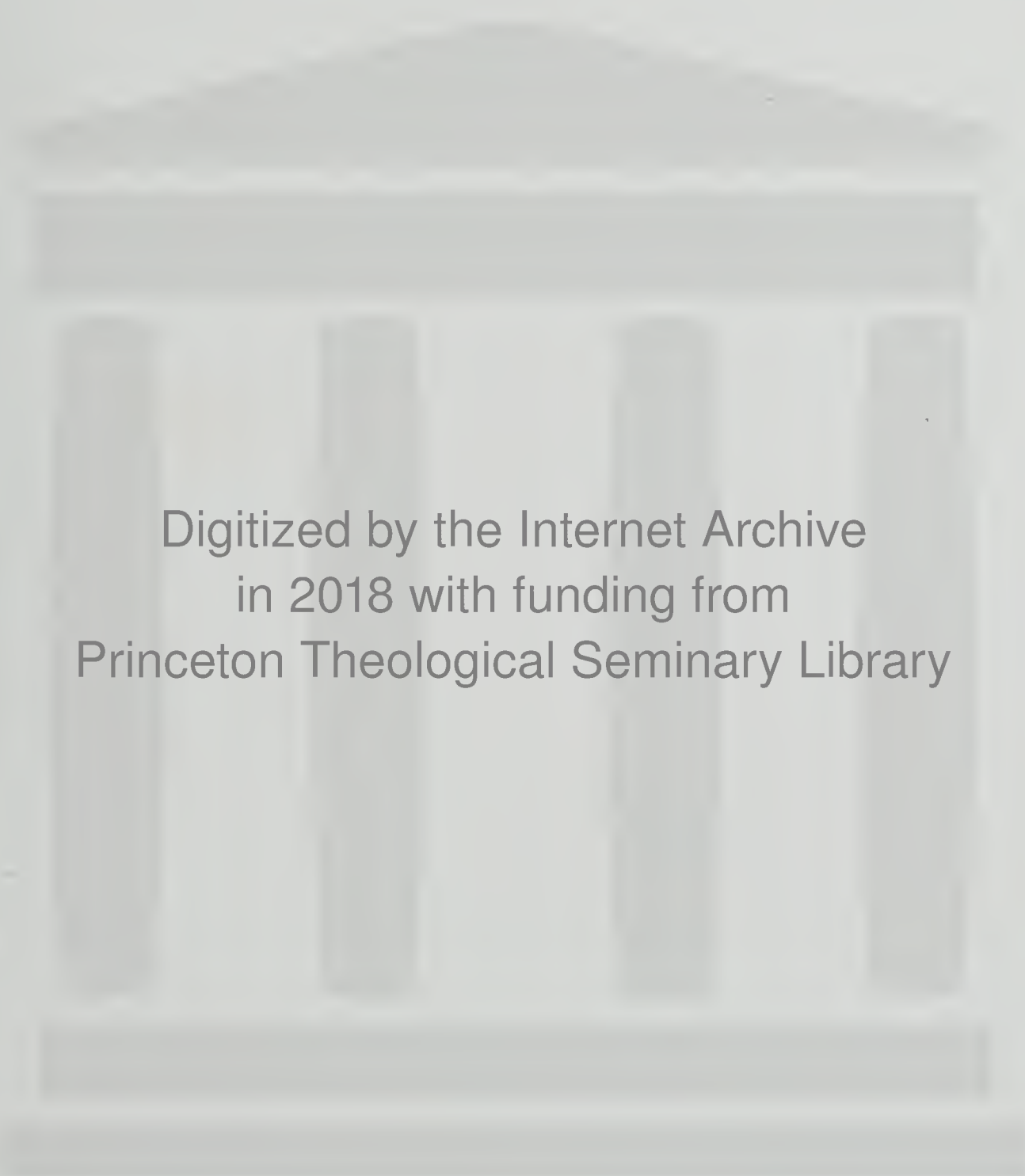
¿Cuál es la actitud de nuestro lector? ¿No ha ganado ya el dulce amor de Cristo tu corazón? ¿Todavía no quieres creer en Aquel Bendito que murió por ti?

SE MANDA GRATIS AL QUE LO SOLICITE.

TODA CORRESPONDENCIA debe dirigirse al Redactor con despacho al público en la Editorial "Mensajes del Amor de Dios".

J. Hárrison S., Domingo Diez 503 M, Cuernavaca, Morelos, México.

Nótese: todas las citas de las Sagradas Escrituras señaladas "N-C" son de la versión católica traducida directa al español de los idiomas originales, el hebreo y el griego, por Nácar y Colunga, 13ª edición, 1963.



Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

